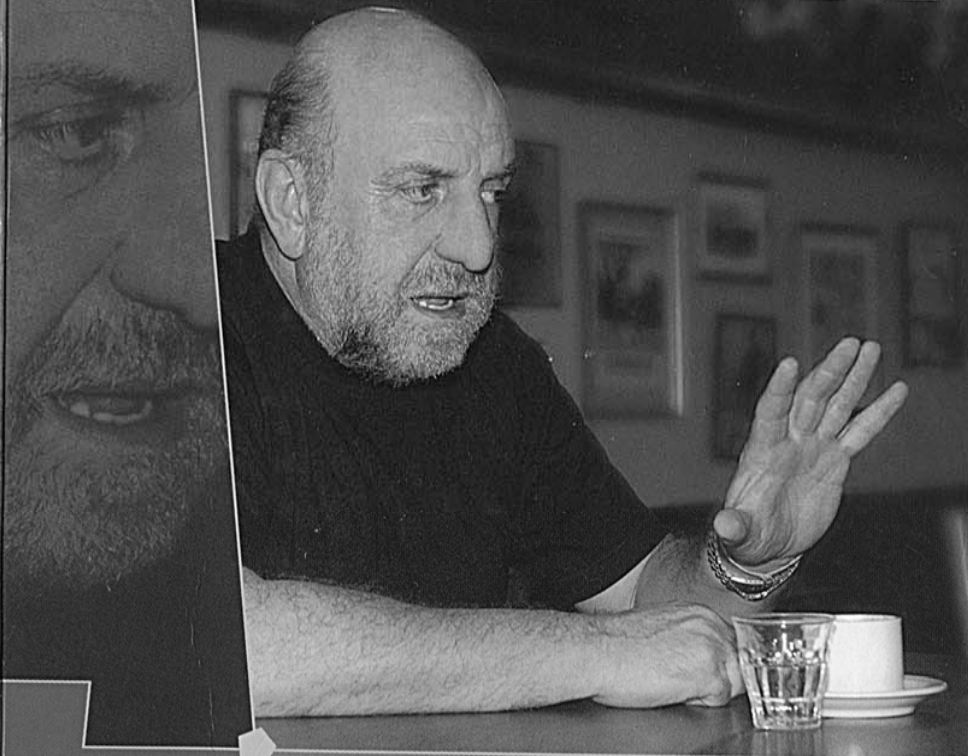


HORACIO

PAGANI



EL VERDADERO
FÚTBOL QUE LE GUSTA
A LA GENTE

PODIO

El verdadero fútbol que le gusta a la gente

Es una vieja disputa ideológica esto de arrogarse la comprensión del gusto del argentino futbolero en cuanto a la manera de jugar de los equipos o selecciones. Una lejana leyenda, no del todo real, identifica diferencias según el cuadro del que sea seguidor el referente. Se habla de los orígenes, de las etnias, de las inmigraciones, de las ubicaciones sociales, de la geografía y mil detalles más. Razones que fueron perdiendo vigencia por el geométrico crecimiento demográfico y por la consecuente heterogeneidad de las respectivas masas. Se dijo siempre que el "paladar negro" era propiedad de los simpatizantes de Independiente. Y que el "buen gusto" para jugar tenía la raíz plantada en River. Que Boca representaba el "tesón y la garra". Y otros latiguillos aproximados. Con mencionar los nombres de jugadores que triunfaron desde

el polo opuesto del etiquetamiento sería suficiente para derrumbar la teoría. Pero no es el caso de abundar con los ejemplos.

Se puede partir de uno para desarrollar la tesis a la que apunta este libro. Alcanzaría con preguntar: ¿no fue ídolo de Boca, en los años 50, Herminio González? Le decían "Pierino" en alusión al director de orquesta italiano Pierino Gamba, que había visitado el país en aquel tiempo. Puntero derecho, extremadamente habilidoso, loco, imparable, lo contrario de "la garra y el corazón". Al final, más calmado, empezó a jugar como volante derecho. Desde su evolución, y por la particular visión —estética, ofensiva— que tenía para analizar el fútbol, el periodista Dante Panzeri llegó a proponerlo para el equipo que debía jugar el Mundial 58 en Suecia como primera opción en los cinco puestos del ataque (tal como se nominaba a los equipos en aquella época).

¿Y no fue reconocido a lo grande "Lucho" Sosa, marcador lateral derecho de gran jerarquía técnica, en la década de los 40? ¿Y Ángel Clemente Rojas, "Rojitas", el más grande de los ídolos hasta la aparición de Diego Maradona? "Angelito" era la astucia, la cintura, la gambeta, el potrero, la habilidad. ¿Y Juan Román Riquelme, el exquisito armador de los 90? Pura estampa, pura cerebración. El más conceptualista de los jugadores de hoy. Y el ejemplo máximo, el propio Diego y toda su magia incomparable. ¿Se puede dudar, entonces, sobre el verdadero gusto de la gente? ¿O no quedaron para la historia, simplemente porque marcaron el sello de destreza que es orgullo de los futboleros en la Argentina, aquel "caño" de Diego Maradona a Cabrera, de Talleres de Córdoba, en su

debut oficial en Argentinos Juniors en 1976? ¿Y la ovación que todavía se escucha del que le "ofreció" Riquelme al colombiano Mario Yepes en un Boca-River de la Copa Libertadores? ¿Y aquella chilena-gol de Enzo Francescoli, en un amistoso en Mar del Plata, un histórico 5 a 4 de River sobre la Selección de Polonia?

Claro, la urgencia por el triunfo a cualquier precio, la dramatización de la derrota, la cultura del exitismo que se ha instalado como espejo de la sociedad neoliberal que hace la división cotidiana entre triunfadores y fracasados, según el loco vaivén de los resultados, terminó por cambiar la interpretación —alguna sincera y otra interesada— de quienes transmiten el fenómeno del fútbol. Desde los entrenadores, ahora dictadores de tácticas antes que incentivadores de libertades y técnicas, hasta los medios de comunicación representados por periodistas *modernistas*, que aplauden rigideces si formaron parte del sostén de algún triunfo circunstancial y denostan habilidades que no estén protegidas por el manual del fútbol de las *obligaciones*.

La calidad del juego ha entrado en franca decadencia por tanta influencia externa, por tanto interés en disputa, por tanta sanata dialéctica. Los defensores de la *modernidad* pretenden —aún hoy— plantear la falsa antinomia entre "jugar bien" o "ganar", como si se tratara de puntos antagónicos. O como si a los que nos interesa disfrutar de la pulcritud del juego renunciáramos al fundamento de la competencia: la voluntad irrenunciable de buscar la victoria. Para defender la insostenible frase "a mí me gusta ganar siempre" como excusa para recurrir a la actitud mezquina con el propósito de la victoria

(como si esto diera garantías que no da el buen juego), se suele agregar otra frase inútil de los protagonistas: "A mí, de pibe, no me gustaba perder ni a la bolita". Como si éste fuera un gesto de diferenciación con aquellos a los que SI les gustaba perder a la bolita en la infancia.

Una falacia que se repite sin rubores.

El aficionado argentino sabe distinguir el buen juego, no necesita profesores que le expliquen que jugar bien tiene que ver con la exactitud de los relevos, con las faltas tácticas, con las especulaciones, con pegarle fuerte y lejos, con contraatacar, con maniatar al rival con intervenciones dudosas. Nuestro país se formó a partir de las inmigraciones. Se necesitan, quizás, un par de generaciones más para que empecemos a divisar a un "argentino tipo", dueño de una característica autóctona. Todavía falta para la identidad integral. Pero si en algo hemos tomado definición clara, más allá de las músicas regionales, sellos de cada comarca del mundo, es a través de dos orgullos de exportación: el fútbol y el tango. La interpretación de "La Nuestra" está en otro capítulo de este libro. El recurso para desviar la atención sobre la "sabiduría" minuciosa y variada, con conceptos, aun antagónicos, del hincha argentino, es avanzar sobre un viejo estereotipo. "Si le preguntan, cada hincha quiere que, si es posible, su equipo gane sobre la hora con un gol con la mano". A muy pocos les interesa los modos del juego, más allá de los resultados que cosecha. El color de la camiseta, ciega. Es cierto. Pero ese es el costado de la pasión que envuelve al fenómeno futbolero. Y que le dio dimensión universal. Pero no se puede explicar desde la posición parcial. Cuando se dice "el

fútbol que le gusta a la gente" es el que se quiere para la Selección, por ejemplo. O el que sabe entender cuando tiene una ubicación neutral.

Una vez, estando en el vestuario de Ferro Carril Oeste tras la conquista del título Nacional (no preciso bien si fue en el 82 ó en el 84), sentí la sensación de estar excluido. Aquel Ferro de Carlos Timoteo Griguol fue protagonista principal de los campeonatos del primer tramo de la década del 80. Era un equipo bien estructurado, solidario, con algunos jugadores destacados, aceitado, pero dependiente de los movimientos tácticos. Jugaba muy bien, no se discute. Había perdido por estrecho margen el campeonato de 1981 ante el Boca de Diego Maradona. Y luego ganó esos dos torneos. En Clarín, algún compañero lo definió como "equipo aburrido". Y se hizo como un sello de la Sección. El asunto causó molestias en Ferro. Alguna vez el fallecido Santiago Leyden, su legendario presidente, un hombre de ley que sabía aceptar los disensos luego de discutir pasionalmente, me dijo que, por culpa de Clarín, Ferro había perdido de ganar 2 millones de dólares en el ciclo de sus mayores éxitos. Según él, "la falta de reconocimiento" le había quitado masividad de concurrencia a los partidos del equipo. Una interpretación muy particular, claro.

Me sentía excluido, decía, hasta que apareció en el camarín el colega Adrián Paenza, un matemático excepcional y un *militante*, en aquel tiempo, de la línea opuesta a la que sosteníamos nosotros en Clarín. Él era —lo es— un amigo entrañable de Carlos Griguol, un técnico respetadísimo, enemigo de las trampas y maestro de la vida para sus dirigidos hasta el

CENA CON
PAENZA

momento de su retiro. Y Paenza, además, comulgaba con sus ideas y sus argumentos futboleros. Se ofreció el periodista para ayudarme en aquella *soledad* (para nada agresiva, es verdad) de aquel vestuario. Nos respetábamos las disidencias. No necesitaba mucho, sólo quería observar el festejo de aquella conquista de Ferro. Ahí mismo Paenza me ofreció un encuentro para cenar y charlar sobre los temas que nos distanciaban. Fue muy cordial la conversación en la cantina Di Notte, que estaba en Anchorena entre Córdoba y Paraguay. Después de las digresiones, puntos de vista y discusiones, Adrián me dijo, sin anestesia:

-¿Y desde dónde vos te crees que sabés cuál es el fútbol que le gusta a la gente? Las opiniones son muy variadas. A vos te puede gustar una forma de jugar y a mí, otra.

-Claro -le respondí-, pero si yo no sé cuál es el gusto mayoritario de la gente no podría laburar de esto.

-Esa es una respuesta pretenciosa. A mí me gusta el juego de Ferro.

-Te propongo algo. Ahora nos levantamos y hacemos un censo rápido en este lugar (estaba muy concurrido). Le preguntamos a uno por uno de los presentes qué le gusta más, si la propuesta de Ferro o la de César Menotti (la Selección ya había tropezado en el Mundial de España). Si el resultado es 7 a 3 a mi favor -le dije con cierto sesgo de soberbia- te declaro ganador a vos.

No pudo ser. No se animó. Y me parece que yo tampoco iba a poder enfrentar el papelón de ir mesa por mesa a solicitar una definición. De todos modos, la charla me sirvió para agrandar mis seguridades. Las tenía compradas.

Por estas cuestiones de las “diferencias ideológicas-futboleras” estuvimos muchos años distanciados con Fernando Niembro. Cuando la Selección de “Coco” Basile fue a jugar la Copa Rey Fahd en Arabia Saudita, en 1992, se produjo la reconciliación. Ni nos acordábamos la causa puntual de la enemistad. Hablamos mucho en aquella ocasión. También en el avión de regreso. Y en otras ocasiones. No nos pusimos de acuerdo en casi nada. Pero no hubo rencillas. Alguna vez los alumnos de las escuelas en la que estábamos (él era dueño; yo, simplemente profesor, una manera de decir), propusieron hacer un debate entre nosotros dos. Fue muy corto. Él llegó tarde y yo me tenía que ir antes. Pero debatimos. En un momento dijo la frase temida: “Lo importante es ganar”. Le respondí con una que ya tenía aprendida: “Lo importante es respirar”. Se enojó un poquito, creyó que lo cargaba. Sin embargo, tenía un significado. A mí me parecía que no correspondía que de una obviedad se hiciera una bandera. ¿O alguien juega a algo para perder? Esa frase de “respirar” la repitió Menotti en la presentación de la revista El Toque, una extensión de La Maga, de la que participé como columnista. Pero el “Flaco” dio el crédito correspondiente. Y Jorge Valdano la citó -también con nombre de autor- en uno de sus libros de fútbol. Había pegado en el “bando de los líricos”, como nos identificaban ellos peyorativamente.

Y rescato otra anécdota que incluye al “Cholito” Diego Simeone. Una vez, planeamos una nota en Clarín con jugadores jóvenes que se insinuaban como futuras figuras del fútbol argentino. Nos juntamos en La Raya, que en aquel entonces estaba en la calle Pavón, con Juan José Borrelli, Fernando

Redondo, Diego Latorre, el "Cholo" y algunos otros que no recuerdo. En un momento, Simeone —ya había estado en la Selección de Bilardo, en plena juventud— dijo sin dudar: "Ganar no es lo mejor, es lo único". Le pregunté si estaba invicto en su vida. Porque si ganar era lo único, cualquier derrota podría haberlo llevado a la muerte. Fue una linda charla. Los otros nombrados, claro, no pensaban como él.

Johan Cruyff, el holandés que condujo a su Selección al subcampeonato en el Mundial de Alemania de 1974 y que brilló en el Ajax y en Barcelona, donde terminó siendo un técnico exitoso, está considerado entre los cinco o seis mejores jugadores de todos los tiempos. Alguna vez, durante el Mundial de Francia, en un reportaje publicado en la revista de domingo de un diario parisino dijo casi con crueldad: "Al que inventó la función del carrilero, ese que hace un recorrido permanente de 70 metros, de ida y de vuelta, y que, al final, ni termina las jugadas de ataque y casi siempre llega tarde para defender, habría que meterlo preso. Pero no al jugador, al que inventó la función".

Cruyff escribió un libro, *Me gusta el fútbol*, editado en 2002, en el que, con palabras simples, expone conceptos esenciales del apasionante juego. "La calidad técnica ha disminuido en los últimos 20 años". Y explica sus razones: "El fútbol consiste, básicamente, en dos cosas. Cuando tienes la pelota debes ser capaz de pasarla correctamente. Y cuando te la pasan, debes tener la capacidad para controlarla". Parece una verdad de Perogrullo. Pero tiene su sentido. Porque destaca la técnica como el arma fundamental. Y si por alguna razón el jugador no puede controlar una pelota que le llega

en determinada posición o velocidad, no podrá empezar a desarrollar su juego. Y dice que, por desgracia, esas cosas se trabajan cada vez menos en los entrenamientos. Porque jugar bien consiste en ejecutar correctamente todos los movimientos. Y explica algo que vale tanto para Holanda como para la Argentina: "La falta de calidad técnica tiene que ver con el lugar en que los jóvenes aprenden a jugar". Y habla de las calles de Ámsterdam, como bien podría hacerlo de los potreros del Gran Buenos Aires o de cualquier provincia. Dice que la técnica se aprendía por emulación de los mayores. Y que los entrenadores de base (Inferiores) han estudiado para ser entrenadores pero no "enseñadores". Y que el aspecto físico y todas las otras cuestiones, las tácticas, son importantes, sí, pero secundarias si se las compara con la técnica. La función del entrenador "de base", según Cruyff, es enseñar a los chicos a disfrutar, tocar, crear, inventar, explotar sus cualidades rectificando sus defectos sin estropear sus virtudes, "todo lo contrario de lo que todos parecen obsesionados en inculcarles". Es importante que el entrenador contagie la alegría y el amor al arte. "Porque el arma más eficaz para jugar al fútbol es la suma de técnica y sentido común". Parecen mentiras las coincidencias con los pensamientos de 40 años atrás del periodista Dante Panzeri a través de sus charlas con Carlos Peucelle, "Barullo", primero jugador de gran habilidad y astucia y luego maestro de pibes en River.

Fútbol Todotiempo fue el libro escrito por Panzeri pero firmado por el ideario de Peucelle. "¿Quién creó La Máquina?", se preguntaba. Y se respondía: "Doña Rosa, la madre de Adolfo Pedernera". Para sumarse al concepto de otro libro

de Panzeri, *Fútbol, dinámica de lo impensado*. Entre todos ellos avalan la filosofía de la forma de jugar que más le gusta al aficionado. Libre de ataduras tácticas asfixiantes, libre de trampas, sostenido por la técnica, por el sentido común, por la solidaridad, por el afán de ganar.

Tanto Peucelle como Panzeri, como Cruyff, como Valdano, como Redondo, como Cappa, como Saporiti, como Menotti, como Basile, como Di Stéfano. Y como tantos otros. Aunque los separen generaciones y miles de kilómetros.

El fútbol es un fenómeno social incomparable, está dicho. Y por eso la modernidad mercantilista lo somete a todas las presiones posibles para llegar a la rentabilidad hereje, que no entiende de técnicas ni de sentidos comunes. Pero la lucha continúa. Y continuará en la búsqueda del “mendrugo de una buena jugada”, como pide Eduardo Galeano, el lúcido y futbolero escritor uruguayo. Se coincide en que el crack superlativo, el “distinto”, nace con ese privilegio que le dio la Naturaleza. ¿Quién le pudo haber enseñado a Maradona a hacer lo que hacía a los 15 años? ¿Y a Carlos Tevez o a Sergio Agüero, para hablar de la actualidad? Nadie, seguramente. Pero la técnica de los buenos jugadores se puede mejorar. Para eso hacen falta maestros que sepan interpretarla. Nadie puede enseñar variantes técnicas que él mismo no pueda realizar. Además, el ejercicio de la emulación no debe detenerse. El futbolista de hoy está sujeto a presiones y a tentaciones que no existían en otra época con la proporción de estos días. Y esos obstáculos, junto con el apuro de padres, dirigentes y empresarios, terminan por debilitar las condiciones, que no terminan de desarrollarse. El miedo a

perder instalado en la sociedad consumista como parte de la opción “ganar o morir” hace que el jugador se someta a las reglas rígidas del entrenador, sacrificando sus libertades y su afán creativo. Se juega sin placer. Como dice Valdano, se sufren los partidos en lugar de disfrutarlos. Jugadores. Y público.

Sería estúpida la oposición a los adelantos tecnológicos. Valen los modernos métodos de preparación física. Vale el empleo de tácticas variadas al servicio de las conveniencias circunstanciales. Vale estudiar los movimientos de los rivales. Valen los regímenes de alimentación y de concentración. Todo tiene importancia en la preparación de los equipos y en la disputa de los partidos. Pero el objetivo principal no debe ser descuidado. Todo es secundario —dirían Cruyff o Peucelle, por ejemplo— detrás de la técnica, de la libertad del jugador, de su capacidad intuitiva para armar las maniobras, de las solidaridades. El árbol no debe tapar el bosque.

La consigna es sacarse la camiseta del club preferido. Y desde allí sabremos **COMO ES EL VERDADERO FUTBOL QUE LE GUSTA A LA GENTE**. Ese que levanta ovaciones aun cuando la pelota no entró en el arco. Ese que invita a aplaudir jugadas, a premiar caños y gambetas. Ese que están maniatando detrás de péfidos intereses.